

La instrumentalización de la mirada y más allá

Un alegato por una ética óptica para la edad digital

Mtro. Jean Robert¹

Resumen :

El Renacimiento asoció íntimamente la mirada, los actos de ver y observar con la captura de imágenes por el ojo. La formulación de las reglas de la perspectiva central a mediados del siglo XV y el invento de instrumentos ópticos de más de un lente a principio del siglo XVII hicieron que esta asociación entre la visión y la imagen pareciera natural, de todos los tiempos, es decir, a-histórica.

En sus investigaciones históricas de los conceptos ópticos de épocas del pasado, los historiadores Iván Illich y Barbara Duden muestran que el sentido visual no ha sido siempre asociado con una captura de imágenes por el ojo. Además, las concepciones ópticas de la Antigüedad y del Medio Evo no buscaban una explicación “científica” de *cómo el ojo ve*, sino una *ética* de su *buen uso*.

Con sus pies metafóricamente anclados en la Antigüedad, los historiadores Barbara Duden e Iván Illich voltean su mirada hacia el presente y muestran que, progresivamente desde lo albores del siglo XX y con una fuerza inaudita desde los años 1970, la asociación de la visión y de la imagen ha sido desarticulada por lo que llaman el “*show*”, una exposición incesante a estímulos visuales, el *tumulto óptico* de las pantallas omnipresentes.

Sus trabajos sobre la óptica de la Antigüedad, del Medioevo y de la modernidad son un alegato por una ética óptica haciendo frente a la edad digital.

¹ Profesor en la Coordinación de Humanidades.

Palabras clave: Iatrogénico, oscuridad bajo la piel, somática histórica, inversión del cono visual, imagen, objetividad a-perspectiva, poiesis, sinestesia, visiotipos.

Summary

At the Renaissance, the gaze, the acts of seeing, looking, observing, have been conceptually associated with the capture of images by the eye. The definition of the rules of central perspective in mid-fifteenth century and the first optical instruments with more than one lens at the beginning of the seventeenth century made this association seem natural and a-historical.

In their historic investigations of past optical conceptions, the historians Ivan Illich and Barbara Duden show that the activity of the eye has not always been conceptually associated with the image. The aim of antique and medieval optics was not scientific in the modern sense, but ethical.

Yet, turning now their gaze toward the present with their feet metaphorically rooted in Antiquity, Ivan Illich and Barbara Duden show that, particularly since the 1970s, the association of seeing and the image is rapidly disarticulated by what they call “the show”, an incessant exposure to visual stimuli that no longer constitute a coherent horizon of our perceptions, a “Weltbild”.

Their work on past and modern optics is a plea for a new ethical optics facing the digital age and questioning it.

Palabras clave: Iatrogénico, oscuridad bajo la piel, somática histórica, inversión del cono visual, imagen, objetividad a-perspectiva, poiesis, sinestesia, visiotipos.

¿Cómo nacen las cosas obvias?

¿En qué medida el cuerpo de una época se vuelve la metáfora que transforma las cosas obvias, que van de por sí, en certezas físicas? Al mencionar la *analogia carnis* – la analogía entre el cuerpo social y el cuerpo físico – en un ensayo suyo, la historiadora del cuerpo Barbara Duden me ofrece una puerta de entrada a este comentario de sus ideas y de las de Iván Illich sobre la historia de la mirada.

Por la mención de la analogía de la carne en el título de éste ensayo, pretendo abordar preguntas que ocuparon los etnólogos desde Marcel Mauss a Mary Douglas: ¿cómo las constelaciones sociales reflejan las concepciones y percepciones del cuerpo? En otras palabras, ¿en qué ganga de conceptos, de gestos, de prácticas y de rituales nace el “cuerpo” que se volverá la carne percibida de determinada época?

Y recíprocamente: ¿en qué medida se presta la carne a ser la metáfora que transforma en certidumbres físicas las “cosas que van de por sí”, las evidencias propias de cada época histórica? En otras palabras, ¿sirve el cuerpo de pantalla sobre la que, al proyectarse sobre ella, las formaciones de la consciencia cotidiana adquieren una validez *meta ta physika*, por las cosas naturales? O, al contrario, la inteligibilidad de la sociedad se debe enteramente a las constelaciones descubiertas o construidas por los biólogos? ².

Retomando éstas preguntas sobre las analogías entre el cuerpo y la sociedad, Mary Douglas escribía en 1970:

El cuerpo social determina la manera en que se perciben los cuerpos físicos. Las percepciones del cuerpo están impregnadas por las categorías sociales (...) y, a su vez, sostienen cierta visión de la sociedad.³

En los años 1980, Iván Illich se interesaba en las certidumbres axiomáticas que fundamentan los *teoremas sociales* de la modernidad. Quería someter las cosas evidentes a un examen. Nos invitaba a lo que yo llegué a llamar: “inquiries into the obvious”, investigaciones sobre las certidumbres. Se reprochará haber llevado estas investigaciones en un plano demasiado conceptual durante sus años de Cuernavaca. Decidió que debía llevarlas hacia las percepciones. El usaba la metáfora siguiente: los husos sobre los cuales se hilan las percepciones son enterrados más profundamente que los telares en los que se

² Barbara Duden, **Per analogiam carnis** - Histoire du temps présent, *sur* et *sous* la peau, éditeur français ? traducción Jean Robert, versión original : **Per analogiam carnis** - Zeitgeschichte diesseits und jenseits der Haut éditeur alemán ?

³ Es así como empieza el ensayo sobre « los dos cuerpos » en Mary Douglas, *Natural Symbols. Exploration in Cosmology*, 1era edición, New York, 1970, p. 64.

tejen los conceptos. Empieza una larga colaboración entre Iván Illich y Barbara Duden, una historiadora con la que Illich elaborará un proyecto de historia del cuerpo.

En búsqueda de la somática de épocas del pasado

Ambos se lanzan en una investigación sobre la historia del cuerpo auto-percibido de épocas del pasado, historia que llamaban *somática histórica*. Hay un misterio a la raíz de esta investigación. Iván Illich era profundamente creyente. El centro de su fe era la *ensarkosis logou*, la Encarnación del Verbo. Como hombre occidental que conocía la recepción del misterio de la Encarnación por Europa y Occidente, contemplaba con horror la desencarnación del mundo occidental. Debe haber pensado que el mundo que nació de la fe en la Encarnación se había transformado en el más desencarnado de todos los mundos. Pero no lo expresó en estas palabras, sino en las palabras latinas siguientes: *corruptio optimi quae est pessima*. No hay nada peor que la corrupción de lo mejor.

La historia del cuerpo *iatrogénico*, es decir, la historia del cuerpo generado por los médicos, es parte de una historia de la desencarnación, pero tampoco lo enunció Illich en estas palabras. Desde la segunda mitad del siglo XVIII, los médicos impusieron a la sociedad lo que Barbara Duden llamó un cuerpo *entitativo*, un cuerpo construido a partir de descripciones. Las enfermedades se volvieron entidades conceptualmente autónomas, potencialmente capaces de afectar todos los cuerpos por encima de las barreras culturales. El interés de los médicos se desplazó de los pacientes concretos a estas entidades patológicas. Establecieron mapas precisos del cuerpo y descripciones de sus funciones. Construyeron así un cuerpo iatrogénico hecho de visualizaciones gráficas y de descripciones textuales, de mapas anatómicos y de flujos fisiológicos que dominó la medicina hasta la víspera de la edad de los sistemas, a partir del gran cambio que representaron los años 1970.

Las capas sucesivas del cuerpo construido por los médicos habían enmudecido el *cuerpo autopercebido*. Para hablar de este cuerpo autopercebido, Illich y Duden prefirieron

la palabra griega *sôma* a los derivados de la palabra latina *corpus*, que presupone un gran conjunto visto del exterior. En cambio, el soma, que hace referencia al tronco y al vientre, es más adecuado para hablar del cuerpo interior que Barbara Duden define como “esta oscuridad bajo la piel”.

Historia bajo la piel

La visión no es el sentido apropiado para la percepción del soma. La medicina pretende “ver” la carne interior “visualizándola” en ondas sonoras. Esta “dissección” visual mediante ondas fónicas hace del cuerpo el equivalente de un cadáver aún vivo. El ojo no es el órgano adecuado para percibir lo que palpita bajo mi piel. Iván Illich y Bárbara Duden abrieron un campo de investigación que llamaban la *somática histórica*. Es la historia del cuerpo auto-percibido de épocas del pasado que intenta entender cómo los que ahora son los muertos sentían su carne bajo su piel. Su objeto es acercarse a lo que, según Barbara Duden, es el *concretissimum*, lo que hay de más concreto.

Volvamos a la historia de la medicina. A partir de los años 70-80, la medicina pierde su poder de definición del cuerpo. Es la época del advenimiento de un yo tan consistente con los sistemas *high-tech* que los pacientes se transforman en subsistemas capaces de auto-engendrarse como complejos programas cibernéticos. La medicina primero induce a los pacientes a auto-traicionarse concibiéndose como construcciones iatrogénicas para luego pedirles que tomen ellos mismos las decisiones que los transformarán en subsistemas del sistema biomédico. Esa evolución de la medicina es inseparable de la evolución de las técnicas de visualización. Eso es una de las razones por las que Illich se interesó en la historia de la mirada.

Un estudio histórico orientado hacia el presente, tomando distancia de él

El tema de este estudio es la actividad de mirar. Esbozaré líneas de periodización de la historia del rayo visual, de la visión, de la perspectiva por los historiadores Iván Illich y Barbara Duden. Su concepto del quehacer del historiador es particular: van al pasado y se empapan con él, en este caso, pasaron años familiarizándose con la óptica antigua, particularmente con las de Euclides y Tolomeo y de los ópticos medievales. Pero, en sus estudios serios y eruditos, mantienen siempre la mirada fijada sobre el presente, es decir, sobre el tumulto visual de la edad digital que tratan de entender y definir conceptualmente. Su pregunta central es: ¿cómo dar cuenta, en nuestro tiempo, del aspecto desencarnante de la mirada, de la parálisis de la sinestesia entre los sentidos, de la negación del sentido común? ¿Cómo se pudo llegar a que la mayor parte de la gente pueda soportar el estrépito de las pantallas a las que está constantemente expuesta? Lo que Illich y Duden buscaban en el pasado eran capas profundas, hoy olvidadas, del sentido visual. Lo confirma Barbara Duden:

Buscamos puertas de acceso a la comprensión de la percepción de la orientación ética de un hacer humano, el acto de mirar, cuyo carácter eminentemente activo la modernidad niega, lo cual nos preocupa⁴.

Historia del cuerpo y de los sentidos en la modernidad tardía

Illich quería entender cómo, en su sinestesia, oído, vista, olfato, tacto, sentido gustativo dan sustancia a lo que cada época considera evidente, the “*stuff*”, la materia fundamental de la que están hechas las cosas. Sospechaba que el sentimiento endémico de escasez que caracteriza la modernidad no sólo traduce una relación desproporcionada entre deseos y cantidades de bienes disponibles, sino más profundamente, una pérdida de densidad y de

⁴ Barbara Duden, « ‘De oculo morali’ : Ivan Illich zur Blickgeschichte und zum bedrohten Blick heute » (‘De oculo morali’ : Ivan Illich sobre la historia de la mirada y lo que amenaza, hoy, la actividad de mirar), Gabriele Wimböck, Karin Leonhard, Markus Friedrich, comp., **EVIDENTIA**, LIT Verlag: Berlin, 2007, p. 482.

realidad palpable de esta materia, de este “*stuff*” y del propio cuerpo. Illich entendió que, para captar el pasado en su realidad, debía interesarse en la historia de las percepciones sensoriales.

Aunque fue sepultada bajo capas y capas de descripciones anatómicas y fisiológicas, la más íntima de las percepciones, la de la propia carne, aun trata de hacerse oír. Para acercarme a esta más íntima de las percepciones, debía concentrarme sobre la historia del acto de ver, de mirar, dirá Illich.

Por ejemplo, desde el siglo XVII, “sabemos” que un lente natural, el cristalino, focaliza la *imagen* de lo que vemos sobre la *retina*, la red tendida al fondo del globo ocular. A partir de este postulado, demostrado experimentalmente por Kepler en 1604, el concepto de imagen es indisoluble del entendimiento de cómo el ojo “ve”. La asociación de la imagen y de la visión es un capítulo – que tiene un antes y un después - de la historia de la óptica.

Antes del matrimonio de la mirada y de la imagen

La imagen no fue siempre parte de la explicación del proceso de visión. Para Euclides y los otros ópticos antiguos, un rayo visual emanaba de la pupila, se aventaba sobre los objetos, se impregnaba de sus colores avivados por la luz del sol y los llevaba de vuelta al ojo, en él que no entraba ninguna imagen. “El ojo no tenía necesidad de ningunas muletas porque la naturaleza le había conferido una co-naturaleza que excluía cualquier cosa fuera de su alcance”⁵.

Cual que sea la escuela a la que pertenecen, todos los ópticos antiguos coinciden en decir que la mirada avanza en una erección orgánica del ojo, que es una proyección de la carne en el mundo. Para todos, el rayo visual -es decir, la eyaculación del sentido visual- es orgánico él mismo; el órgano despierta en el momento en que se abren los párpados⁶.

⁵ Iván Illich, *La perte des sens*, Paris : Fayard, 2004, p. 307.

⁶ Iván Illich, “Passé scopique et éthique du regard », *La perte des sens*, Paris : Fayard : 2004, p. 297.

La investigación de Ivan Illich y Barbara Duden debe mucho al helenista Gérard Simon, que quiso entender la óptica antigua sin colonizarla con conceptos de la óptica moderna. Gérard Simon es un helenista único porque leyó a los ópticos antiguos en sus propios términos, sin importar las certezas de la óptica moderna en su lectura. Escribe:

Resulta de los textos (...) que, de Platón a Galeno, uno de los posibles fue que se podía sentir fuera de sí: el rayo visual se comporta como un órgano efímero que, a condición de que la luz lo actualice mediante su presencia, dura lo que dura la mirada. Aun cuando el alma (o sus partes) tiene un lugar en nuestro cuerpo, no confía todos sus poderes en él^{7,8}.

Simon es un helenista muy reconocido. No sigue la exégesis dominante que los otros helenistas hacen de los ópticos antiguos que, para decirlo así, no pueden evitar colonizarlos con los conceptos de la óptica moderna.

Se le puede seguir cuando concluye que el objeto de los tratados de óptica, de Euclides a Tolomeo hasta los del alto Medio Evo no es la luz, sino el rayo que tiene su origen en el ojo⁹.

Todos estos autores estudian las trampas en las que puede caer la mirada y advierten sobre las seducciones y distracciones del rayo visual porque son

...obstáculos a una utilización justa, adecuada y honorable del sentido visual. En este sentido, la ciencia óptica debería considerarse como la guía de una actividad humana cultivada, en definitiva, como la base de la ética¹⁰.

Gérard Simon escribe:

Nuestra tesis es que ninguno de nuestros conceptos –rayo, imagen, campo visual, visión binocular, objeto, sujeto, etc.- se puede transponer tal cual a los textos de la Antigüedad y del Medio Evo¹¹.

Para que una imagen pueda ser importada en el ojo y se vuelva fundamental en la explicación del proceso de visión, hubo que invertir la dirección del rayo. Significa que el rayo luminoso proveniente del sol tuvo que tomar el lugar del antiguo rayo visual, emanación carnal de la pupila. En otras palabras, hubo que invertir el cono visual. En la

⁸ Gérard Simon, *Le regard, l'Être et l'Apparence dans l'optique de l'Antiquité*, Paris : Seuil, 1988, p. 36.

⁹ Iván Illich, *La perte des sens*, op. cit., p. 295.

¹⁰ Ibid., p. 295, 6.

¹¹ Gérard Simon, op. cit., p. 32.

Antigüedad, su punta estaba en la pupila y su base en el lugar de su impacto con las cosas #(la *énfasis*). Después de esta inversión, la base del cono visual es la pupila y su punta está donde el objeto visto refleja la luz solar. Esta inversión, que tuvo lugar alrededor del año 1000, inaugura toda reflexión óptica moderna. Ciertos historiadores de la física consideran que la inversión del cono visual es el mayor cambio de paradigma de esta ciencia de todos los tiempos. El autor de este cambio paradigmático es el sabio árabe Al-Haytham. Desde alrededor del año mil, asistimos a una progresiva instrumentalización del ojo en captor pasivo de rayos luminosos proyectando sobre la retina una imagen de los objetos vistos. Esta inversión hace perder a la mirada algo de su carácter de acto intencional y por lo tanto ético.

En sus seminarios, Illich insistía en la necesidad de distinguir la historia de los desarrollos de la historia de las pérdidas correspondientes. Hay que incluir, en la historia de las pérdidas acompañando a los progresos de la óptica científica, la pérdida del carácter moral de la óptica antigua. En ella, las miradas eran *psychopodia*: pies y manos del alma. El rayo visual era un *organon*, un órgano o instrumento del cuerpo como la mano o el pie. La óptica antigua no buscaba establecer las leyes gobernando los rayos luminosos, sino que se interesaba en el buen uso de los ojos, en el “buen ver”, en la ética de la mirada. *Ta optika* es el tema de uno de los tratados de Euclides. *Ta optika* no significa la óptica, sino – neutro plural - las cosas de la mirada. La Antigüedad estudiaba la mirada, no la luz. Para ella, la mirada era una actividad deliberada respondiendo a una decisión moral, tan educable como la palabra o la escucha.

Una revolución que inaugura la óptica moderna

A principios del segundo milenio, occidente recibió progresivamente, la nueva doctrina de la visión como intromisión del rayo luminoso en el ojo¹² y la idea de la mirada activa,

¹² En el Medio Evo, “dos palabras latinas diferentes se usaban para designar la luz que sale y la que entra, respectivamente *lumen* y *lux*”. Después de la revolución de Al-Haytham, la *lux* se hizo predominante y

órgano de la pupila que se lanza sobre los objetos, fue poco a poco abandonada. El nombre completo del matemático, médico y astrónomo árabe que inició este cambio de paradigma era Ibn al-Haytham Abu Ali al Hasan, conocido en el mundo latino como Alhazen o Avenatan. Como Euclides y Tolomeo, Al-Haytham era oriundo de Alejandría. El sultán le había encargado dirigir la construcción de un dique capaz de controlar las crecidas del Nilo. Considerando la tarea imposible, Al-Haytham, por miedo al sultán, huyó al sur de Egipto. Ahí se desempeñó como escriba, redactó un tratado sobre la cotangente y predijo un eclipse de sol parcial. Tuvo la idea de observar, proyectada sobre la pared de una tumba faraónica a través de un minúsculo agujero, la imagen invertida de éste eclipse. La historia o la leyenda atribuye la inversión del cono visual a este evento. En el siglo XIII, el tratado de Al Haytham sobre la inversión del cono visual fue traducido al latín por un monje polaco, Vitelion. En 1604, Johannes Kepler dio al tratado que inaugura la óptica moderna el título de *Paraliponema ad Viteloniem*, lo cual hace pensar que Kepler atribuyó la autoría del tratado de Al-Haytham a su traductor.

Supervivencia de la ética óptica después de Al-Haytham

Kepler aun distinguía entre “los fenómenos físicos y fisiológicos ópticos y la primacía de la percepción” y mantenía que, en un instrumento óptico, la imagen de la cosa debía permitir localizarla ahí donde se encuentra verdaderamente.

Kepler insistía en una distinción que, después de él, ya no fue tomada en cuenta: la distinción entre la mirada que vuelve la cosa visible como *imago rei* ahí donde se localiza realmente y la percepción de una *pictura* que se forma (en la retina) según las leyes de la (nueva) óptica¹³.

perdimos el *lumen*. “una persona capaz de ejercer un *lumen* no tiene nada que ver con una criatura que recibe pasivamente una *lux*, ver Iván Illich, *La perte des sens*, op. cit., p. 306, 7.

La pérdida del *lumen* es correlativa a la inversión del cono visual: Al-Haytham lo invirtió situando su base en el ojo y su punta en el objeto. “De ahora en adelante, se examinará y experimentará la visión como el resultado de lo que la luz introduce en el ojo, y no de la fusión del *lumen* de la mirada con los visibles” (op. cit., p. 304).

¹³ Barbara Duden, “ ‘De oculo morali’...”, op. cit., p. 498.

La *pictura* estaba focalizada por el lente de la pupila –el cristalino, decimos hoy- donde los espíritus visuales la recogían y la llevaban vía el nervio óptico hacia el fuero del sentido común. En tanto a la *imago reí*, ha desaparecido del vocabulario de los ópticos. Era una apariencia de la cosa que la mirada proyectaba al exterior, al lugar donde el objeto está presente de manera tangible. Ver las cosas ahí donde están era un postulado de la óptica antigua, lo cual significaba que extendiendo la mano en la dirección en que las veo, podía llegar a tocarlas si mi brazo era lo suficientemente largo. Ciertos postulados de la óptica antigua como éste se mantuvieron después de la inversión del cono visual, hasta el tiempo de los primeros instrumentos ópticos.

Esta supervivencia de postulados de la óptica antigua en la ciencia óptica moderna da peso, consistencia y esperanza al proyecto de fundar una ética de la mirada para la edad de la realidad virtual, de las interfaces y de las pantallas. Tal ética podría ser un antídoto “contra el debilitamiento de la agudeza visual (...) por la integración ocular de las realidades virtuales”¹⁴. Después de Kepler, los *desarrollos* de la óptica se hicieron en detrimento de su antiguo sentido moral.

Tal como la ciencia antigua de la óptica, al advertirnos de las trampas a las cuales nuestro rayo ocular podía caer, tenía como fin una *visión virtuosa*, me parece que la óptica moderna debería buscar lo mismo: hacer ver lo que pasa cuando uno se deja seducir por las entidades que la realidad virtual multiplica (...) y como eso influye sobre nuestros contactos con el prójimo¹⁵.

Distinguir la imagen del show

Illich quería elaborar una distinción entre la óptica científica y una nueva óptica ética en el reconocimiento de que, desde los años 1980, la óptica acabó de romper el matrimonio entre la visión y la imagen del que Kepler fue testigo. Este divorcio se caracteriza por una transformación tan profunda del concepto de imagen que esta palabra llegó a significar algo que tiene poco que ver con lo que significaba en los siglos XVI y XVII. La imagen se

¹⁴ Iván Illich, *La perte des sens*, op. cit., p. 323.

¹⁵ Op. cit..

entendía entonces como un facsímile de la realidad tal como apareciera a un pintor aplicando las reglas de la perspectiva.

La perspectiva es subjetiva en el sentido en que representa lo que vio el pintor e invita al espectador a ocupar el mismo lugar que él en el espacio real, con el cual el espacio virtual ocupado por el objeto aparece en continuidad. La imagen dotaba de pies al que la contemplaba.

A principio del siglo XIX, aparece una nueva manera de concebir la imagen como representando la realidad misma y no lo que vio el artista. Renunciando a la representación en perspectiva y a su tipo de objetividad, los tratados científicos representan cada vez más los objetos según sus medidas. Su “imagen” no ofrece ningún *punto de vista* subjetivo, por lo que este modo de representación ha sido calificado de *objetividad aperspectiva*. El dibujante que la practica genera un *espacio virtual* en él que ubica a los objetos *tales como son* y no *tales como los ve*, invitando al espectador a mirarlos en un espacio *inaccesible*, porque, en este caso, está ubicado a una distancia infinita de su ojo. Es un espacio desprovisto de puntos de fuga que evoca una foto tomada con teleobjetivo.

De acuerdo a Jonathan Crary¹⁶, el estereoscopio es el precursor de los espacios *virtuales* y *no situados* que nos invaden.

Lo que me asombra es la rapidez con la que, durante la segunda mitad de mis siete decenios de existencia estos espacios virtuales que acogen “imágenes” u otros objetos, se expandieron, al punto que algunos pensadores muy serios sugieren que esta proliferación de espacios virtuales de los cuales creemos obtener nuestros saberes es uno de los cambios mayores del último cuarto de siglo¹⁷.

Lo que se “ve” en estos espacios virtuales ya nos son imágenes en el sentido estricto, sino un “show” ininterrumpido. En este sentido, dice Illich, “imagen y ‘show’ designan dos categorías heterogéneas de mediación. La imagen nunca va sin *poiesis*. El “show” remite al estado momentáneo de un programa cibernético.

Antes de este cambio reciente, “ver” se había vuelto sinónimo de “visualizar”, el acto consistiendo a hacerse una imagen en el ojo del cerebro. Hacia 1980, muchos de nuestros

¹⁶ Jonathan Crary, *Techniques of the Observer. On Vision and Modernity in the Nineteenth Century*, Cambridge, MIT Press, 1992.

¹⁷ Iván Illich, *La perte des sens*, op. cit.

contemporáneos pasaron de la visualización del mundo a su reducción a un show. La formación de la mirada ya no es más, para ellos, que el mejoramiento técnico de su ritmo de digestión digital. Recordemos que, para la óptica antigua, la formación del ojo era su guardia frente a los espejismos del deseo. Una nueva óptica moral es urgente para nuestro tiempo de “realidades” virtuales.

Un precedente lleno de enseñanzas

En el siglo XIII, Pierre de Limoges, Petrus, un franciscano erudito que practicaba la medicina y llegó a ser decano de la escuela de medicina de París, leyó la traducción latina del tratado de Al-Haytham. En su libro *De oculo morali*, intentó combinar la revolución de Al-Haytham con ciertos postulados éticos de la óptica antigua. Para él, un ojo moral montaba la guardia en el punto de entrada al ojo de los rayos luminosos. Fue uno de los primeros en incorporar las ideas de Al-Haytham a un tratado en latín. Su *De oculo morali* empezó a circular alrededor de 1281. A pesar del nuevo paradigma de la visión que adopta –inversión del cono óptico- perpetúa la tradición de la óptica como propedéutica de la ética. En cada capítulo de su libro, Petrus introduce un comentario sobre la necesidad de vigilar el ojo.

Historia de los regímenes scópicos

Illich piensa que la historia de los actos de ver, mirar, observar, hacerse una imagen de algo, visualizar se puede periodizar en cuatro épocas que él califica de regímenes scópicos, un término que retoma de Martin Jay ampliando su sentido¹⁸. Más que por su conformidad

¹⁸ En la época de la redacción de *La perte des sens*, Illich conocía de Martin Jay « Scopic Regimes of Modernity », Hal Foster, ed., *Vision and Visuality*, Seattle: dia Art Foundation, 1988, p. 3-27.

El texto en él que Illich articula más claramente las rupturas epistémicas de la historia de la mirada que son los pasos de un régimen scópico a otro es « Surveiller son regard à l'âge du 'show' » en *La perte des sens*, op. cit.. Primer régimen scópico: p. 204-215, Segundo regimen scópico: p. 215-220, tercer régimen scópico: p. 220-224, cuarto régimen scópico: p. 224-230.

relativa a la ciencia óptica moderna, estos regímenes scópicos se deberían caracterizar por la actitud moral, la *hexis* mediante la cual él que mira puede adquirir un hábito disciplinado.

El primer régimen escópico duró desde la Antigüedad hasta alrededor del año mil. Es el *régimen de la mirada radiante*.

Después de Al-Haytham, ver es captar pasivamente el rayo luminoso que penetra en el ojo. Empieza el *régimen de los objetos radiantes*. Los objetos parecen irradiar su luz propia. Las iluminaciones y miniaturas medievales pertenecen al régimen de los objetos radiantes.

Quando contemplamos una miniatura o un mosaico medievales, vemos colores radiantes: los objetos son integralmente luminosos; son entidades “phos-phorosas”, portadoras de luz. No proyectan ninguna sombra; no hay indicación de una fuente de luz causando esta luminosidad¹⁹.

En el Renacimiento, la imagen es integrada conceptualmente al proceso de visión. Podríamos hablar del *régimen de la mirada mediatizada* por la imagen, pero Illich prefiere hablar del régimen de la *mirada humillada*, un régimen bajo el cual el ojo se instrumentalizará en un captor de imágenes que anuncia las cámaras. Es la época de la visualización del mundo en un espacio universal.

De ahora en adelante, la verdad no es lo que el ojo ha visto, sino el resultado de la observación. El uso de la palabra “observación” es nuevo. Designa la visión en referencia a un instrumento, lo cual equivale a un rebajamiento y a una elevación de la mirada; progresivamente, el ojo será rebajado en un medio de observación. La vista será destacada de la *sunaisthèsis*, y la visión, vuelta independiente del tacto y de los otros sentidos, será exiliada como la herramienta de observación por excelencia. El ojo pierde su co-naturalidad con los objetos al tiempo que se le atribuye un dominio sobre los otros sentidos²⁰.

El tercer régimen scópico es el *régimen en él que nacieron la perspectiva y la óptica*, ésta ya no como ética de la mirada, sino como ciencia de los rayos luminosos.

Entre el fin del siglo XVIII y hoy se impone, primero lentamente, rápidamente desde los años 1980, un cuarto régimen scópico que Illich llama del *régimen del ‘show’*. Las imágenes ya no son imágenes y estas imágenes que no son imágenes entran en competencia

¹⁹ Iván Illich, *La perte des sens*, op. cit., p. 304.

²⁰ Iván Illich, *La perte des sens*, op. cit., p. 309.

para emerger, aunque fuera por un breve instante, del estrépito visual tan incesante como abrumador que Illich llama el ‘show’. Ya no representan el punto de vista de un observador situado y su tamaño no tiene ninguna relación proporcional con el tamaño de la cosa observada, que puede ser una galaxia o una molécula o una abstracción gráficamente dotada de una “concretud desplazada”. El ‘show’ invade progresivamente las percepciones visuales contemporáneas. Varios términos se propusieron para distinguir las “pseudo-imágenes” no situadas cuyo flujo amenaza con sumergirnos de las imágenes dotadas de un punto de vista tomadas por pintores –o fotógrafos- dotados de pies. Uno de éstos términos, propuesto por Uwe Pörksen, es *visiotipos*²¹.

Reconocer la necesidad de una nueva óptica ética para la edad digital

Después de Kepler, se inicia una época que llamaría la época de vacío ético de la óptica. Cuatro siglos de perfeccionamientos de los dispositivos de proyección y de representación, más de un siglo y medio de prodigiosos desarrollos de las técnicas fotográficas, de construcción de espacios inhabitables donde observar y tomar las medidas de objetos sin común medida con los que pueden percibir nuestros sentidos, decenios de escaneo de visiotipos de objetividades ubicadas a años luz de nosotros o de estructuras moleculares vueltas visibles por el microscopio con efecto de túnel, han desembocado sobre la generalización de una “objetividad” en ausencia de un observador situado y de un objeto sensible. Después de siglos de tecnologías de la visión instrumental, predomina la concepción de la visión en un universo separado del observador humano²². La mayor parte de las funciones históricas del ojo humano fueron suplantadas por prácticas en las que las apariencias ya no tienen la menor referencia topológica con la posición del observador en un ambiente real, percibido ópticamente²³.

²¹ Uwe Pörksen, *Weltmarkt der Bilder. Eine Philosophie der Visiotype* (Mercado mundial de las imágenes. Por una filosofía de los visiotipos), Stuttgart: Klett-Cotta, 1997.

²² Jonathan Crary, op. cit., p. 317.

²³ Iván Illich, *La perte des sens*, op. cit., p. 318.

Cada uno de estos “martirios de la imagen” contribuyó a minar las bases de la “visualización del mundo” que, a partir del siglo XVII, estableció los criterios de la objetividad en ciencias naturales y en medicina. Lo que Lorraine Daston calificó de objetividad a-perspectiva podría designar la legitimidad de espacios virtuales de observación donde medir “objetos” inaccesibles a los sentidos.

Se olvida demasiado frecuentemente que la mirada fue tradicionalmente concebida como una actividad libre, plenamente humana y *virtuosa* a condición de ser disciplinada²⁴.

Dos pistas hacia una ética de la mirada para la edad digital

La primera es el concepto de imagen como umbral hacia el mundo de lo invisible, elaborado por Juan de Damas para el segundo Concilio de Nicea, que en 787, ponía fin a la cruenta guerra de las imágenes de Bizancio²⁵.

La segunda, es la reflexión de Emmanuel Levinas sobre la mirada mutua.

Durante la mayor parte del siglo XX, un hombre resistió las tendencias dominantes de la visualización: la separación de la visión de la sinestesia, la desencarnación del ojo por su interpretación como una cámara (...), la disociación de la mirada y del amor²⁶.

Este hombre, Emmanuel Levinas, nació en Lituania a principios del siglo XX en una familia judía. Se trasladó a Alemania para estudiar con Heidegger. Se estableció en Francia y adoptó el francés como su lengua literaria.

El conservatismo de Levinas, dice Illich, le permite volverse nuestro guía en el esfuerzo por encontrar una ética de la mirada para el tiempo actual. Levinas insistió en que su punto de partida es absolutamente no teológico.

Como filósofo contemporáneo, Levinas hace de la mirada mutua entre dos personas la fuente de la existencia personal. Insiste en la vacilación típicamente judía frente a todo lo que es icónico como condición de la interacción ocular (...), primer paso de una ética del otro²⁷.

²⁴ Ibid. , p.

²⁵ Ver « Passé scopique et éthique du regard. Plaidoyer pour l'étude historique de la perception oculaire », *La perte des sens*, Paris : Fayard, 2004, p. 291-294, « *la skepsis hésitante* », comentario de Alain Besançon, *L'image interdite : une histoire intellectuelle de l'iconoclasme*, Paris : Fayard, 1994.

²⁶ *La perte des sens*, op. cit., p. 323.

Levinas se empeñó en salvar el rostro. El rostro del otro está en el corazón de su obra.

Para Levinas, el rostro es lo que mi ojo toca, lo que él acaricia. La percepción del rostro del otro me habla siempre a mí. Mi subjetividad está en el corazón de lo que toco y encuentro en el rostro del otro: “yo” no podría ser si no fuera como un don en el rostro, del rostro del otro²⁸.

Mi rostro llega a la vida por el rostro del otro que siempre se dirige a mí de manera ética. No deja de repetir: “Ves y oyes como tocas”.

²⁷ Iván Illich, *La perte des sens*, op. cit., p. 323.

²⁸ Op. cit., p. 325, 6.